

ANUARIO DE
BIBLIOTECOLOGÍA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Dra. Gloria Villegas Moreno
Directora

Mtra. Ofelia Escudero Cabezudt
Secretaria General

Dr. Ernesto Priani Saisó
Secretario Académico

Dr. René Aguilar Piña
Secretario Administrativo

Dra. Elsa Margarita Ramírez Leyva
Jefa de la División de Estudios de Posgrado

Dra. Leticia Flores Farfán
Jefe de la División de Estudios Profesionales

Mtra. Flora Leticia Moreno Osornio
Jefa de la División del Sistema de Universidad Abierta

Mtro. José David Becerra Islas
Secretario de Extensión Académica

Lic. Carmen Sánchez Martínez
Coordinadora de Publicaciones

ANUARIO DE BIBLIOTECOLOGÍA

NUEVA ÉPOCA

VOL. 1, NÚM. 1

2012

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COLEGIO DE BIBLIOTECOLOGÍA

Editores Académicos

Juan José Calva González
Lina Escalona Ríos

Consejo Editorial

Adolfo Rodríguez Gallardo
Universidad Nacional Autónoma de México

Estela Morales Campos
Universidad Nacional Autónoma de México

Hugo Alberto Figueroa Alcántara
Universidad Nacional Autónoma de México

Johann Pirela Morillo
Universidad de Zulia

Sueli Do Amaral
Universidad de Brasilia

Yicel Nayrobis Giraldo Giraldo
Universidad de Antioquia

Juan Carlos Marcos Recio
Universidad Complutense de Madrid

Isabel Villaseñor Rodríguez
Universidad Complutense de Madrid

Edición

Juan Carlos H. Vera
César Molar Torres
Óscar Ramírez Martínez

Diseño

Sara Risk Ferrer

Anuario de Bibliotecología, vol. 1, núm. 1, 2012, es una publicación anual editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, a través del Departamento de Publicaciones de la Secretaría de Extensión Académica de la Facultad de Filosofía y Letras, Ciudad Universitaria, México, D. F., 04510. Editor responsable: Lina Escalona Ríos. Reserva de derecho al uso exclusivo del título pendiente. Toda correspondencia deberá ser enviada al Colegio de Bibliotecología, FFL, UNAM, CU, México, D. F., 04510, tel. 56221881. E-mail: escalona@cuib.unam.mx Sitio web: www.filos.unam.mx Este número se terminó de imprimir el 20 de febrero de 2013 en los talleres de Grupo Ediciones S. A. de C. V., Xochicalco 619, col. Vértiz-Narvarte, México, D. F. El tiraje consta de doscientos ejemplares impresos en papel cultural de 75 gr. Se utilizaron en la composición, elaborada por Sigma Servicios Editoriales, tipos Times 24/30, 14/16, 10/12 y 9/12 puntos.

CONTENIDO

Editorial	9
---------------------	---

ARTÍCULOS

<i>El libro en México, 1900-1950</i> Sofía Brito Ocampo	13
<i>Las páginas web y la alfabetización digital de los estudiantes universitarios</i> Judith Licea de Arenas, Miguel Arenas y Javier Valles	33
<i>Tecnologías para el aprendizaje de la bibliotecología: cómo enseñar usando medios digitales</i> Juan Carlos Marcos Recio	39
<i>La bibliotecología y sus leyes</i> Fernando E. González Moreno	53
<i>Lenguajes documentales</i> Blanca Estela Sánchez Luna	61
<i>El desastre de la documentación indígena durante la invasión-conquista española en Mesoamérica</i> Felipe Meneses Tello	79
<i>E-learning: recurso de información para los usuarios de la sociedad del conocimiento</i> Juan Miguel Palma Peña y Mary Carmen Rivera Espino	91
<i>El análisis erudito de textos y la crítica textual</i> Hugo Alberto Figueroa Alcántara	105

8 □ CONTENIDO

<i>La Universidad, las nuevas formas del conocimiento y la formación de los profesionales de la información en el marco del siglo XXI</i> Beatriz Casa Tirao.	111
<i>Panorama de la formación de profesionales de la información en la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia</i> María Teresa Múnera Torres	125
<i>La lectura en el espacio bibliotecológico</i> Elsa Margarita Ramírez Leyva	145

La lectura en el espacio bibliotecológico

Elsa Margarita RAMÍREZ LEYVA¹

El bibliotecólogo no puede escapar a las consecuencias de lo que está haciendo. El bibliotecólogo, como mediador entre el ser humano y su registro gráfico, se sitúa en el punto en que el hombre y el libro se cruzan en una fructífera experiencia intelectual. Es en esa interfase donde se halla la clave de su filosofía.

Jesse Shera

Resumen

La lectura, además de considerarse una actividad inherente a la apropiación, transformación y producción de la información y el conocimiento que se materializa en los lenguajes escrito, icónico y sonoro, registrados en diferentes soportes, también es una actividad necesaria para perfeccionar las facultades humanas. En este artículo se propone incorporar la lectura a los fundamentos de la disciplina bibliotecológica, en tanto actividad constitutiva del bibliotecólogo, involucrado en la transformación de la sociedad mediante el dominio, manejo y cuidado de la información y el conocimiento, indispensables en el proceso de evolución de las sociedades y en la construcción de la prosperidad y la convivencia armónica del género humano. La bibliotecología, al respecto, tiene entre sus objetivos ofrecer los medios con la finalidad de facilitar y fortalecer las prácticas de lectura para el aprovechamiento de la información y el conocimiento en beneficio del desarrollo social.

Palabras clave: lectura y bibliotecología, lectura y fundamentos bibliotecológicos.

Abstract

The reading, besides to be considered an inherent activity to the information and knowledge's appropriation, transformation and production that have been defined in written, graphic and phonetic [sonorous] languages, (it has been registered by several materials [supports]), also is a necessary activity to enforce the human faculties. In this article,

¹ Universidad Nacional Autónoma de México, <eramirez@unam.mx>.

I propose incorporate the reading in Library and information science foundations. To respect, the action of librarian is significant because of transformation of society through the knowledge and information's domination, handling and in care of it, it is usually to be essential for the society's evolution, as well as prosperity and harmony's the human race. The library science has the task to offer the resources in order to facilitate and reinforce the reading practices for exploitation of information and knowledge can be in benefit for human development.

Keywords: reading and library and information science, reading and LIS foundations.

Para empezar

Como bien sabemos, la ciencia bibliotecológica y de la información es considerada parte de las disciplinas que tienen relación con el sistema social de comunicación —porque participa y forma parte de su registro y del entramado estructural que la conforman—, por medio de la cual la sociedad se organiza y estratifica de acuerdo a determinados valores e intereses. La bibliotecología estudia los medios y formas de armonización entre conocimiento registrado y actividad social, por ello le competen los fenómenos relacionados con la preservación, organización, transferencia, acceso, disponibilidad y uso de los contenidos registrados en portadores físicos bibliográficos y documentales, generados por los integrantes de los heterogéneos sectores de la sociedad; asimismo, analiza los factores históricos, políticos, culturales, sociales, psicológicos, tecnológicos y administrativos que intervienen en la producción, transfiguración, también en la comunicación, distribución y uso del capital informativo y cultural; de igual manera, estudia los comportamientos, las necesidades, características, representaciones, prácticas y modo de apropiación, con la finalidad de potenciar el usufructo de dicho capital.

Además de estas temáticas, estudia también sus propios fundamentos teóricos-metodológicos, para lo cual los aportes de la investigación, de los aspectos antes citados, resultan imprescindibles en el avance de los conocimientos de la ciencia bibliotecológica y de la información. Dichos avances tienen, a su vez, repercusión en la actividad científica, cultural y social de las comunidades, en tanto que contribuyen, con los ciudadanos, a ejercer el derecho a la lectura, a la información, a construir conocimiento; así como a beneficiarse y disfrutar del capital cultural registrado, elementos todos ellos fundamentales para el bienestar, la equidad y la libertad de los individuos y el desarrollo de las comunidades.

En otras concepciones, Jesse Shera —quien se ve influido por las cinco leyes² de la bibliotecología de Ranganathan y también derivadas de sus reflexiones sobre la epis-

² 1. Los libros son para usarse; 2. Para cada lector, su libro; 3. Para cada libro, su lector; 4. Ahorre tiempo a los lectores y 5. La biblioteca es un organismo que crece.

temología social entendida como la interacción entre conocimiento y la actividad social— consideraba que esta disciplina se ubica en el punto en que el hombre y el libro³ se cruzan en una fructífera experiencia intelectual. Por ello, afirmaba que “es en esa interfase donde se halla la clave de su filosofía”.⁴ Es decir, el pensamiento y actuación del bibliotecólogo. De todo ello Shera, con una orientación funcionalista, afirmaba que el objetivo de la bibliotecología “es llevar a un punto de máxima eficiencia la utilidad social de los registros gráficos humanos”.⁵

Otros autores han coincidido en rebautizar a la bibliotecología como “ciencia de la información”, como Rafael Capurro, quien señala que la bibliotecología clásica se aboca al estudio de los problemas vinculados con la transmisión de mensajes en la sociedad humana, entendida ésta como un entretejido o una red de relaciones basadas en el lenguaje, concebido por el autor como un ámbito hermenéutico abierto, donde los entrecruces metafóricos y metonímicos permiten no sólo mantener fluido el mundo de las convenciones y las fijaciones que hacen posible una sociedad relativamente estable, sino que también nos permiten generar la capacidad de preguntar sobre lo que no sabemos a partir de lo que creemos que sabemos. Además, considera que la información no es algo que se comunica entre dos cápsulas cognitivas, con base en un sistema tecnológico, sino que todo sistema de información está destinado a sustentar la producción, recolección, organización, interpretación, almacenamiento, recuperación, diseminación, transformación y uso de conocimientos y debería ser concebido en el marco de un grupo social concreto y para áreas determinadas.⁶ Birger Hjørland, citado por Capurro, define la ciencia de la información como aquella que estudia las correspondencias entre discursos, áreas de conocimiento y documentos con relación a las posibles perspectivas o puntos de acceso de distintas comunidades de usuarios.⁷ Por su parte, Richard Smiraglia la define como la ciencia que estudia los modos de informarse de la sociedad. Considera que es un proceso tanto fisiológico como psicológico que involucra a la comunicación del conocimiento vía los mensajes. Y agrega que el conocimiento es un fenómeno humano y social, es un producto deliberado de la mente humana. Puede ser registrado, esto hace que su comunicación sea más eficiente y facilita su almacenamiento, manipulación y recuperación. El conocimiento está hecho de elementos crudos, llamados datos, que son transmitidos en documentos.⁸

³ “Ahora el libro podría considerarse una más de las formas o portadores físicos de la información y de las creaciones artísticas que integra el mundo de la lectura y la información” (J. Shera, *Los fundamentos de la educación bibliotecológica*. México, UNAM, CUIB, 1990.)

⁴ *Ibid.*, p. 4.

⁵ *Idem.*

⁶ R. Capurro, “Epistemología y ciencia de la Información”, en *Enlace: Revista Venezolana de información, tecnología y conocimiento* [en línea]. 2007. <<http://www.capurro.de/enancib.htm>>. [Consulta: 25 de marzo de 2010, pp.11-29.]

⁷ *Idem.*

⁸ Richard Smiraglia, *What is Information Science? What are its boundaries and its basic building blocks?* [en línea]. <<http://www.success.co.il/is/conceptions.html>>. [Consulta: 25 de marzo de 2010.]

De todo lo anterior desprendemos que los conocimientos constitutivos o fundamentos del campo bibliotecológico pueden encuadrarse en tres universos: uno lo integran los diversos públicos, bajo la premisa de que la información en toda sociedad es un recurso indispensable para su sobrevivencia y desarrollo, por ello, cada sujeto necesita, demanda, consume y produce, y además, tiene derecho —como ya lo señalamos— a la información y al capital cultural para diversas actividades. Precisamente, es la sociedad la que da sentido y significado a la bibliotecología, en tanto que trabaja con la información registrada, recurso indispensable del proceso de comunicación, del cual depende la cohesión y evolución de las sociedades. El segundo universo lo constituyen la información o creaciones intelectuales registradas, así como los medios y las formas que preservan y transmiten los contenidos escritos, icónicos y sonoros, además, de los procedimientos para preservarlos y transformarlos, tanto en productos como en servicios que faciliten su distribución, disponibilidad y utilización. El tercer universo es el de las formas de institucionalización, la biblioteca, el centro de documentación, o información, y otras modalidades de organización, bases de datos, la estructura en redes, por medio de la cual se organizan la distribución, el acceso y el uso del capital registrado bajo determinadas pautas, conforme al modelo cultural y al proyecto social de cada lugar. Es decir constituyen una estructura con un margen de libertad reducida o amplia.

De las ideas antes expuestas podemos colegir que los fundamentos bibliotecológicos se orientan por cinco principios:

1. Sociales
2. Culturales
3. Bibliográficos y documentales
4. Organizadores
5. Tecnológicos

En efecto, en estos principios se fundan los conocimientos bibliotecológicos en torno a los procesos, la forma y los medios para ordenar, normar y regular la distribución, el acceso, la disponibilidad y el uso de la información registrada, es decir, las interacciones entre los sujetos lectores y los objetos bibliográficos y documentales. En dicha interacción la lectura es la actividad que permite a los sujetos la apropiación y el aprovechamiento de los contenidos para generar conocimientos, también experiencias estéticas o lúdicas. Al mismo tiempo la lectura es la actividad de la cual dependen todos los procesos bibliotecológicos.

La lectura en el ámbito bibliotecológico

La propuesta de incorporar la lectura en los fundamentos de la bibliotecología se apoya en que esta actividad, como ya lo señalábamos, es el medio por antonomasia para la producción, apropiación, transformación de la información y las creaciones que se expresan en lenguajes escrito, icónico y sonoro, es decir, es una actividad que

forma parte del sistema de comunicación. Al respecto, Robert Escarpit considera a la lectura como un acto comunicativo realizado en el marco de una relación social que forma parte de las conductas culturales y, en tal caso, incluye la red institucional de todos los sistemas, organizaciones y grupos vinculados con el canal y los medios de comunicación.⁹ Por consiguiente, la instancia bibliotecaria está involucrada en dicha red de comunicación y por consecuencia en la lectura.

Lo anterior nos lleva a considerar que la concepción de lectura adoptada por la bibliotecología, de igual manera que la información y el conocimiento, determina en gran medida el proceso de articulación de los tres universos antes señalados, para su incorporación en el sistema social de comunicación, como la participación de la disciplina en la formación de comunidades lectoras e informadas. Podríamos afirmar que la bibliotecología está involucrada tanto en la epistemología científica como en la social. Por ello, consideramos que la lectura es una actividad fundamental para el desarrollo de la disciplina y de su práctica, lo que conlleva a que el bibliotecólogo domine diversas modalidades y niveles de lectura, y a la vez se familiarice con elementos teóricos, históricos y metodológicos, con el fin de abordar las problemáticas de lectura que le competen.

El concepto de lectura que proponemos implica una destreza, un acto, una práctica y un proceso, pues aquélla requiere de la adquisición de habilidades y del aprendizaje de diferentes lenguajes ya que ha estado históricamente vinculada al lenguaje escrito y al libro; ahora se extiende a diferentes medios y objetos, como lo señala Roland Barthes: “se leen textos, imágenes, ciudades, rostros, gestos y escenas”;¹⁰ a ello agregaríamos toda la gama de sonidos y, por añadidura, ahora también las modalidades hipertextuales integradas por diferentes registros: escritos, visuales y sonoros, y por una nueva operación, la interactividad.

Sin embargo, la alfabetización inicial se convierte en un proceso cognitivo permanente, no se logra de una vez para siempre, pues el dominio de diferentes grados de dificultad y distintos tipos de lectura se alcanza de manera progresiva, en particular en la actualidad. Al respecto, Daniel Cassany señala que:

La multiliteracidad hace referencia al hecho de que hoy leemos muchos textos y muy variados en breves espacios de tiempo. En internet, por ejemplo, saltamos de una práctica a otra: de responder correos a buscar datos en webs, de consultar un blog a chatear con amigos, etcétera. En casa, también pasamos de leer unos datos en televisión a leer el periódico, una novela, etcétera. Al saltar de un texto a otro, cambiamos de género, de idioma, de tema, de propósito.¹¹

⁹ R. Escarpit, “Methods in Reading research and studies on research in Reading and libraries”, en Bryan Lukham y Valeria Stelmach, eds., *Approaches and Results from Several Countries*. Munich, IFLA / K. G. Sauer, 1991, p. 1-16.

¹⁰ Roland Barthes, “Sobre la lectura”, en *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona, Paidós, 1987, p. 37.

¹¹ Daniel Cassany, “Investigaciones y propuestas sobre literacidad actual: multiliteracidad, Internet y criticidad”, en *Cátedra UNESCO para la Lectura y la Escritura* [en línea]. <<http://www2.udec.edu/catedraunesco/05CASSANY.pdf>>. [Consulta: 25 de marzo de 2010.]

El acto de leer es causado por algo que pone en acción las destrezas, deseos, necesidades, como señala Barthes: “el objeto que se lee está fundamentado en la intención de leer, que proviene de una fenomenología y no de una semiología”.¹² Dicho de otra manera, el acto de leer es la intervención en el contenido que le propone un objeto, sea escrito textual, icónico o sonoro, porque hay algo que demanda y busca satisfacer en el objeto; por tanto, será el lector quien puede descifrarlos e ir más allá de la superficie literal. Un aprovechamiento pleno de los contenidos se logra en la medida que el lector sea capaz de comprender, además de transformar en conocimiento o experiencia los sentidos y los significados propuestos, pero también depende del tipo de contenidos y la posibilidad de tener acceso y disponibilidad a dichos contenidos, asimismo de las fuerzas que interactúan en el contexto en que se produce tal acto.

Lo anterior implica una práctica social, en tanto que la lectura no existe sin contexto, tampoco sin historia, cada comunidad establece valores, normas y usos; relaciones éstas que involucran a las instituciones como la escuela, la iglesia, la biblioteca o la familia. La lectura, al ser un elemento estructurante de las sociedades modernas, la podemos pensar como uno de los factores que orientan la función de la instancia bibliotecaria. Es posible identificar lo anterior en las trayectorias histórica y cultural, tanto de la lectura como de la biblioteca; ellas nos dan cuenta de la sinergia que se produce entre ambas. Esta relación lectura-biblioteca también la encontramos en las trayectorias individuales de los sujetos, así lo demuestra la investigación que realizamos sobre las representaciones y prácticas de lectura de los jóvenes de bachillerato. En ella identificamos ciertas coincidencias, los estudiantes que expresan convicción por el gusto y los beneficios de la lectura valoran las bibliotecas y las consideran como una posibilidad para tener acceso a una oferta variada de lecturas interesantes. Y lo contrario sucede entre quienes practican la lectura por obligación, pues declararon que la biblioteca no les aporta nada que les interese y la utilizan para lo indispensable o si es posible prescindan de ella (referencia).

Esta situación nos lleva ver en esa relación, lectura e instancia bibliotecaria, causa y efecto de una energía social, histórica, política, cultural tecnológica, que se ancla en las representaciones y prácticas sociales de lectura y de información. Dicho de otra manera, crean un vínculo constitutivo y dialéctico entre la lectura y biblioteca, una especie de *continuum*, cuyo proceso no lo propician ellas mismas sino la acción de las fuerzas culturales, sociales, políticas, tecnológicas y económicas que configuran el sistema sociocultural y por la propia bibliotecología. Por tal motivo señalábamos que las concepciones de la lectura y los lectores de la bibliotecología tienen un efecto de enormes dimensiones en todo el sistema social de comunicación. No es infrecuente que todavía la lectura se vea a través de creencias y prejuicios ideologizados e idealizados que pueden alterar los modos de conocer el fenómeno de la lectura y también la práctica. Precisamente sobre este aspecto Shera elabora un sucinto pero esclarece-

¹² R. Barthes, “Sobre la lectura”, en *op. cit.*

dor análisis sobre los supuestos poderes de la lectura y el libro que, con frecuencia, no les damos la dimensión sobre su repercusión en el ámbito bibliotecológico, ni en otros campos, y pasa inadvertido el alcance de sus efectos en la disciplina.¹³ En efecto, esas concepciones determinan toda la función bibliotecaria desde la configuración de las colecciones, la organización de los contenidos, los servicios, los ambientes o espacios de lectura, los programas de fomento de la lectura, y repercute al mismo tiempo en su misión y, por consecuencia, en la armonización entre conocimiento y actividad social.

Sin embargo, la lectura determina el sentido ético y social de nuestra disciplina, y la dota de identidad, pues la lectura le transmite su impronta. La involucra en esa esencia paradójica, como la describe Michel de Certeau:

La lectura, al ser una actividad social, histórica y cultural, se encuentra inmersa en reglas y entre fuerzas opuestas que propician tensión entre libertades y transgresiones, por un lado y, por otro, restricciones y normas, puesto que éstas buscan someterla a una literalidad, a una determinada producción, y las otras buscan liberarla, emanciparla. La lectura, en consecuencia, se convierte en instrumento de control o en un arma cultural, y también en herramienta de la estratificación social. Y, hoy en día, la lectura, en el marco del proyecto de sociedad posmoderna, forma parte del proceso de producción y consumo, [fundada] en una tecnocracia productivista que impone a la lectura procedimientos de consumo modernos.¹⁴

Y agregaremos lo referido por Díaz Barriga en cuanto a que hoy el sujeto social se va desdibujando en la medida que la educación moderna es invadida por teorías que giran en torno a la eficacia, la eficiencia, la calidad y la productividad y, por consecuencia, los saberes clásicos se desplazan,¹⁵ para transformarlo en un recurso altamente competitivo para el capital económico, aun a costa del deterioro del carácter humano del hombre, como diría Ortega y Gasset. Lo anterior lo podemos constatar en las competencias de lectura que todo ciudadano del siglo XXI debe alcanzar mediante la educación básica, precisamente promovidas por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, OCDE, a través del Programa Internacional para la Evaluación de Estudiantes, PISA, pues ésta determina los procesos cognitivos en la lectura basándose en la recuperación de información, el desarrollo de una comprensión global, el desarrollo de una interpretación, la reflexión sobre el contenido del texto y la reflexión sobre las cualidades formales del texto. Los tres primeros parten de la información contenida en el texto. Los dos últimos aspectos implican la puesta en relación de lo que el texto aporta con conocimientos obtenidos en otras fuentes. Es importante señalar que entre estos procesos, PISA rechaza que la reflexión sea una habilidad de más alto orden

¹³ J. Shera, *op. cit.*

¹⁴ *Ibid.*, p. 184.

¹⁵ A. Díaz Barriga, *Pensar la didáctica*. Buenos Aires, Amorrortu, 2009, p. 11.

que la búsqueda de información.¹⁶ La propuesta de PISA apunta a la lectura crítica, pero muy diferente al sentido promovido por Paulo Freire, como un acto cognoscitivo, creador y político que “se prolonga en relectura y reescritura del mundo y permite a los sujetos percibirse como seres en proceso de ser y, por consiguiente, gozar de una oportunidad para transformarse y emanciparse de las fuerzas opresoras y optar por la libertad”.¹⁷

Ante los intereses del mundo moderno que tiende a deshumanizar a los individuos en busca de una rentabilidad eficiente, la bibliotecología debe desarrollar una concepción de la lectura y de los lectores como una parte de su campo de estudios y, en tanto ciencia, debe interesarse en los modos en que piensan, sienten, conocen y se comunican sus comunidades; de ello depende el éxito de su contribución humanística al desarrollo social, ya que su objetivo no se reduce solamente a la gestión de la información registrada para una máxima utilidad, que se resuelve con el dominio e innovación de sofisticadas técnicas.

Precisamente, la transición de la biblioteconomía (*library economy*) en la que prevalecía el saber técnico, hacia la bibliotecología (*library science*), el estudio de la lectura y los lectores, fue un factor determinante en el alumbramiento de la disciplina que se produjo entre finales del siglo XIX y las primeras tres décadas del siglo XX. El interés por conocer el uso de las colecciones de las bibliotecas públicas y sus efectos en lectores, en especial entre los adultos que recién se incorporaban a la cultura escrita, a raíz de la revolución cultural e industrial de Inglaterra y Francia de finales del siglo XVIII promueve la alfabetización de los pueblos como el camino al progreso, por ello surgió la responsabilidad del Estado de procurarles los medios para tal fin. Esto fue un cambio trascendental en bibliotecas destinadas por siglo a las minorías, por tanto cambió el sentido y dio lugar a la utilidad social.

En los inicios del siglo XX surgieron los primeros debates sobre la necesidad de estudios científicos de la lectura en Rusia, Alemania, Estados Unidos y Francia. Empezaba el cuestionamiento del empirismo y la subjetividad, así como las bases ideológicas de los bibliotecarios prácticos, respecto al poder que le asignaban a los libros sobre las conductas de los lectores. Otra de las críticas se centraba en los métodos utilizados para conocer los efectos de las lecturas a partir de la frecuencia de préstamos y el tipo de libros solicitados de los acervos de las bibliotecas públicas. En Ginebra, Suiza, el fisicomatemático ruso, Nikolai A. Roubakine, creador —en 1922— del Instituto de Investigación Bibliopsicológica, derivado de su método para el estudio científico de los lectores basado en la psicología, aplicó en el ámbito de la biblioteca pública

¹⁶ El Programa Internacional para la Evaluación de Estudiantes (PISA) busca describir en qué medida los estudiantes de quince años de edad, que están concluyendo la etapa de la educación obligatoria, están debidamente preparados por el sistema educativo para asumir responsabilidades y compromisos en la vida social. (Véase <http://www.anep.edu.uy/documentos/pisa/carta_docentes.doc>)

¹⁷ P. Freire, *Cartas a quien pretende enseñar*. 10ª ed. México, Siglo XXI, 2005, p. 104.

los estudios de lectura con un enfoque científico; el propósito era identificar un corpus bibliográfico adecuado, asimismo formular categorías de lectores, sin embargo, sus aportaciones no trascendieron al ámbito de la disciplina bibliotecológica.¹⁸ Décadas antes, en Francia, el barón de Watteville realizó un estudio de las preferencias lectoras de los franceses. Los resultados fueron de suma importancia para evitar que en un Congreso Internacional de Bibliotecarios, celebrado en Londres en 1877, progresara la moción de impedir que en las bibliotecas se tuvieran obras de “imaginación,” por considerarlas nocivas para las mentes inexpertas y, además, restaban tiempo para la lectura de los “buenos libros” que ofrecían dichas bibliotecas. De igual manera, en Alemania el sociólogo Walter Hoffman dirigió el Instituto para la Lectura y la Escritura, de la Oficina Central Alemana, responsable de la Biblioteca Pública, en donde impulsó las investigaciones sobre los intereses y hábitos de lectura, cuyos resultados apoyarían a seleccionar adecuadamente los libros y su catalogación con notas sucintas, pero explícitas, con el fin de facilitar la elección y promover los libros entre la población.¹⁹

En Estados Unidos, en la Escuela de Graduados de Bibliotecólogos de la Universidad de Chicago fundada en 1926, el doctor Douglas Waples, profesor de la misma y uno de los líderes académicos —quien promovió que la bibliotecología adquiriera un estatus científico—, se interesó por el estudio de los lectores, tema que dio lugar a intensas discusiones y las primeras reflexiones destinadas a formular una filosofía y una ciencia bibliotecológica, así como a definir la función social de las bibliotecas y también la importancia de la investigación científica de la lectura. Precisamente el doctor Waples involucró a estudiantes de doctorado en proyectos de investigación sobre la lectura en los que introdujo métodos sociológicos. También coordinó las investigaciones nacionales, *What people want to read about* (1931) y *What reading does to people* (1940), en donde afirmaba que el estudio de las conductas de lectura de los estadounidenses habían adquirido una gran importancia social.²⁰ Jesse Shera consideró a Waples el fundador de la epistemología social por sus estudios en ese campo, no tanto porque él acuñara este neologismo (la autora fue Margaret E. Egan), sino por sus indagaciones, que tenían la finalidad de reunir evidencia científicas sobre los modos en que la sociedad construye conocimiento y los cambios que operaban sus lecturas y, por consiguiente, la función de la instancia bibliotecaria. El tema de la lectura condujo a Waples a introducir la idea del conocimiento como un objeto interdisciplinario y social, con ello abrió una perspectiva innovadora a los estudios bibliotecológicos.²¹

¹⁸ Silva Simsova, ed., *Nicholas Roubakine and bibliopsychology*. Trad. de M. Mackee y G. Peacock. Londres, Clive Bingley LTD, 1968.

¹⁹ E. M. Ramírez Leyva, “Más de cien años de estudiar a los lectores”, en *Tópicos de investigación sobre bibliotecología y estudios de la información*. México, UNAM / CUIB, 2007.

²⁰ D. Waples, *What people want to read about?* Chicago, ALA / University of Chicago, 1931, p. 187.

²¹ J. Shera, *op. cit.*, p. 113 y ss.

Los precursores de principio del siglo XX que se ocuparon en estudiar a los lectores, cada uno a su manera, se propusieron profundizar en las dimensiones sociales y psicológicas de los lectores mediante el estudio de las prácticas de lectura, así como en los efectos de los contenidos de los textos en los lectores. Las investigaciones aspiraban también a determinar las relaciones entre los lectores, la lectura, la institución bibliotecaria y la industria editorial. Al mismo tiempo, se empezaron a distinguir las diferencias entre los públicos lectores y, con ello, la complejidad y diversidad de la actividad lectora de los ciudadanos.

Posteriormente, los conflictos bélicos crearon otras condiciones y la bibliotecología se centró en aspectos administrativos. La lectura resurgió casi al inicio de la segunda mitad del siglo XX, en el periodo de la posguerra. La recién creada UNESCO impulsó y buscó comprometer a los estados miembros a crear programas de alfabetización y ampliar la escolaridad, también a garantizar el acceso a los libros, sin distinción de ningún tipo, mediante las bibliotecas públicas, para ello redactó y emitió en 1949 el *Manifiesto de la UNESCO sobre la Biblioteca Pública*.

Todavía en ese momento el discurso bibliotecológico sobre la lectura se encontraba impregnado de una orientación educativa, incluso en el citado *Manifiesto* se hace referencia a “la biblioteca pública como universidad popular [...] que ofrece a todos una educación liberal”.²²

Hacia la década de los años sesentas, en especial en Francia, surge la preocupación por la posible muerte del libro y sus lectores a causa de la penetración social de la televisión, el cine, la radio y diferentes modelos estadounidenses de consumo. Los Estados Unidos, incluso, ven con temor su debilitamiento, por lo que el gobierno emprende estudios culturales, en un momento coyuntural, pues la lectura ya no sólo se considera una temática del campo pedagógico y bibliotecario, la hacen suya los sociólogos, antropólogos, historiadores, filósofos, semiólogos, lingüistas y especialistas de la literatura. Estos estudios buscan conocer de manera profunda aspectos históricos, culturales, sociales y psicológicos de los comportamientos de los lectores, al tiempo que dan sustento a la formulación de políticas culturales orientadas a promover la lectura como una actividad placentera, en tanto que la lectura escolarizada se empezó a considerar entre las causas del debilitamiento del gusto por la lectura.

Las nuevas versiones —de 1974 y 1994— del *Manifiesto de la UNESCO sobre la Biblioteca Pública* promueven el fomento del gusto por la lectura como una tarea sustantiva de las bibliotecas públicas, mediante programas del cultivo de la lectura y del programa UNISIST, dirigido a bibliotecas nacionales, académicas y especializadas, con la finalidad de organizar la cooperación internacional y con miras a la interconexión y al desarrollo de programas de información en el campo de las ciencias exactas, naturales y sociales.

²² IFLA, *Manifiesto de la UNESCO sobre la Biblioteca pública*. 1949.

Sin embargo, en este paradigma, la lectura y los lectores son eclipsados por el problema de la información y una nueva identidad, el usuario. La investigación, en tal perspectiva, se centra en el estudio de sistemas de almacenamiento, recuperación, transferencia y uso de la información y, con el advenimiento de la automatización, los objetos de estudio de la disciplina incorporaron las innovaciones de esta tecnología. Esto coadyuvó a la desmaterialización de los contenidos de los diversos soportes y a que la sociedad revalorizara la información al nivel de recurso estratégico; su impacto fue de tal magnitud que se tuvo que rebautizar a la disciplina y la noción de “información” dentro de la instancia bibliotecaria fue un recurso más de su material de trabajo.

La incorporación de tres nuevas instancias en los fundamentos de la disciplina: la información electrónica, la biblioteca digital y el usuario, provocó que el estudio del usuario, uno de los sujetos de la bibliotecología —el otro es el bibliotecólogo—, diera lugar a asignaturas en casi todos los programas de formación profesional y de posgrado en bibliotecología o ciencia de la información del mundo, y se orientara a dos vertientes. Una es la formación de usuarios —y su variante más reciente, la alfabetización informacional o también denominada desarrollo de habilidades informativas— y la otra, el estudio de usuarios.

Sin embargo, es importante destacar que en 1986, a unos cuantos años de creado el Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, CUIB, de la UNAM, éste se convirtió en pionero en el estudio de la lectura y los lectores, mediante una de sus investigadoras, María Trinidad Román Haza, quien introdujo la lectura como una línea de estudio de la bibliotecología. Después de concluida su indagación sobre usuarios en las áreas de física y química, identificó la problemática de la lectura en esa comunidad. Y un año antes, otra bibliotecóloga, Ana María Magaloni, bajo su liderazgo al frente de la Dirección General de Bibliotecas (en ese entonces dependiente de la SEP, y actualmente de Conaculta), llevó a cabo la primera encuesta nacional de lectura emprendida en México, en 1985, denominada *Bibliotecas públicas y conducta lectora: investigaciones...*, por el Departamento de Investigación, cuya finalidad era la de conocer los efectos de los programas de las bibliotecas públicas en las prácticas lectoras de los mexicanos. Con base en estos estudios e investigaciones, en el año 2002, con la reforma al plan de estudios del Colegio de Bibliotecología de la UNAM, se logró incorporar una asignatura de lectura, incluso en el posgrado, con la finalidad de generar más investigaciones sobre este tema de importancia nacional.

Ahora, en este siglo XXI, hay condiciones propicias para revalorar el tema de la lectura y los lectores. Las circunstancias apuntan hacia un proyecto social interesado en el conocimiento y, por consecuencia, en la conformación de sociedades lectoras totales, es decir, conduce a erradicar el analfabetismo —conforme datos de la UNESCO, el 20% de los adultos del mundo no saben leer ni escribir, ni tampoco participan plenamente en la organización y actividades de las sociedades de las que forman parte—; proclamación hecha con motivo del decenio de la alfabetización de las Naciones Unidas en Nueva York en 2010. Pero los alfabetizados que tienen deficiencias en esas dos habilidades pueden elevarse a un 50% de la población mundial. Y, por otro lado, se

pretende formar ciudadanos lectores plenos, capaces de leer diferentes textualidades, además de crear y utilizar el conocimiento para hacer de este recurso un medio de prosperidad.

Para terminar

El bibliotecólogo lector, el bibliotecólogo formador de lectores, el bibliotecólogo investigador. La incorporación de la lectura en los fundamentos de la bibliotecología apunta hacia tres vertientes que confluyen en la interacción entre conocimiento y transformación social. Para ello esos fundamentos deben incidir en el ciclo de la comunicación de la información registrada, además de la armonización de dicha información con los integrantes de la sociedad y también en la generación de conocimiento. Una vertiente apunta entonces al dominio de la lectura, la cual hoy día debe corresponder con la versatilidad de los registros que demandan el desarrollo de habilidades diversas para las operaciones de las heterogéneas textualidades escritas, icónicas y sonoras, así como los diferentes niveles de profundidad de comprensión indispensables para la organización y transformación de los contenidos en medios y espacios para la accesibilidad, la transferencia y el uso de la información registrada.

En cuanto a la formación de lectores, el dominio de las diversas modalidades de lectura es proporcional a la producción de conocimiento sobre quien realiza el acto de leer y el mundo que lo rodea, al mismo tiempo, ensancha las posibilidades de disfrute de las creaciones estéticas y lúdicas. Es decir, en la medida que progresan las habilidades lectoras, crecen las oportunidades de transformar la producción de conocimiento, lo cual resulta congruente con la sociedad, en donde se valora y se legitima la generación y difusión de diferentes tipos de conocimientos; éste es el caso de grupos que se integran en redes en el medio electrónico, y que incrementan el número de ciudadanos que demandan, consumen y generan información, y que por ende deben desarrollar sus habilidades lectoras.

De tal suerte, la formación de lectores requiere de un modelo que integre cuatro aspectos: 1) el perfeccionamiento de las habilidades lectoras de diferentes lenguajes y niveles de complejidad; 2) el desarrollo de habilidades informativas; 3) conocer y aplicar métodos para la construcción del conocimiento a fin de abrir oportunidades a las comunidades para el ejercicio pleno del derecho a leer e informarse; 4) promover que la lectura no sólo sea un medio para procurarse información, sino también una manera de disfrutar y acrecentar sus facultades de pensar, reflexionar, conversar, gozar, emocionarse o emanciparse. Por supuesto, esto implica desobligarse de los modelos gobernados por el paradigma pedagógico, que concibe la lectura como un medio para acumular saberes; asimismo, por el del paradigma cultural que ha prevalecido y promueve la lectura, en especial de libros, con el fin de obtener, de manera imperativa, placer.

En cuanto a la investigación bibliotecológica sobre la lectura y los lectores, cada vez se abre más a la integración inter y transdisciplinaria ante la necesidad de ampliar la comprensión del fenómeno de la lectura en diferentes comunidades a fin de explorar cómo conocen y construyen conocimiento, para qué y cómo lo usan, qué modifica ese conocimiento y las variantes en las trayectorias de sus vidas. Por ello, la insistencia de Jesse Shera y de sus seguidores de involucrar la epistemología social con la bibliotecología, en tanto que debe interesarle cómo la sociedad genera, utiliza y hace suyo el conocimiento y los cambios que opera éste en sus modos de conocer la realidad de sus comunidades.

Cerramos con la siguiente reflexión: en cuestión de la lectura se puede decir cualquier cosa, pero no se puede hacer cualquier cosa. La lectura es un asunto complejo, intervienen factores sociales, culturales, económicos, políticos, tecnológicos, psicológicos, biológicos y también las circunstancias personales de cada sujeto, por ello, toda intervención en este campo se entrelazará con la ética, con el proceso de la lectura y con el contexto en la que se realiza, así como con los límites que toda disciplina tiene en cuanto al alcance de su conocimiento y esclarecimiento de dicha realidad. Por consiguiente, la propuesta de incluir la lectura en los fundamentos tendría alcance en la formación de los bibliotecólogos, es decir, este tema debería integrarse en los contenidos curriculares para dotar de las habilidades de lectura que hoy exigen la diversidad de medios, y también debería dotar a los futuros bibliotecólogos de bases teóricas y metodológicas desde una perspectiva multidisciplinaria para el estudio de la lectura, actividad involucrada en la producción y uso de las comunidades científicas y grupos sociales. Hoy no puede soslayarse que la disciplina bibliotecológica está comprometida con la conformación de sociedades lectoras e informadas. Y como parte de las disciplinas que se cultivan en la Universidad, encontramos su pertinencia en la propuesta de Edgard Morín, respecto a esta institución: “la universidad debe adaptarse a las necesidades de la sociedad contemporánea, y efectuar su misión transsecular de conservación, transmisión, enriquecimiento de un patrimonio cultural sin el cual no seríamos más que máquinas de producir y consumir”.²³

²³ Edgard Morín, *La mente bien ordenada: repensar la forma, reformar el pensamiento*. 6ª ed. Barcelona, Seix Barral, 2004, p. 110.